

Desunidos, iremos al desastre; y más allá del desastre, sólo quedan la esclavitud y la ignominia.

X

LA CONQUISTA DE MEXICO.

LA CONQUISTA DE MEXICO.

Al eximio Doctor y Maestro, Woodrow Wilson, Presidente de los Estados Unidos de América.

Ilustre Profesor:

Ha querido el Destino poner en vuestras manos un enorme poder, tan sólo comparable al de los grandes monarcas de la Tierra: el inmenso poder que representa vuestro altísimo cargo, el de Supremo Magistrado de un gran pueblo.

Sois un educador y estáis llamado a doctrinar solemnemente las nuevas concepciones del naciente derecho internacional americano, que ha de regir la vida y los destinos de las veinte repúblicas de América.

Vuestra influencia en la marcha político-social de los pueblos latino-americanos, podrá ser, o no ser propicia para ellos; pero tratándose de México, la ineludible acción de vuestra colosal preponderancia, tendrá que ser, en esta vez, franca y leal, completa y decisiva.

Detrás de vuestro nombre, en la grandiosa historia del Pueblo Americano, están los nombres de veinte Presidentes amigos, o enemigos de mi patria; pero todos ilustres . . . todos grandes: desde el nombre inmortal de Jorge Washington, hasta el del truculento imperialista Roosevelt y, entre todos, sólo encuentro pequeño el de un comerciante que no tiene derecho de llamarse, sino: *Taft el Gordo*.

Y le encuentro pequeño, porque le creo desleal, desde la fecha memorable de aquella pérfida celada, *la entrevista de Texas*, sugerida por su maligno *consiliario* Mr. Knox, para engañar al Presidente Mexicano amigo, y preparar un *gran negocio*, el monopolio del guayule y del petróleo; comprometiendo así, por personal codicia, las relaciones internacionales y los cuantiosos intereses que ligaban a dos países vecinos . . .

Y le encuentro pequeño, porque ayudó a los *mercaderes mexicanos*—en cambio de promesas ilusorias de productivos monopolios y cesiones de territorio nacional—y les prestó su poderoso apoyo, para destruir, en el *pais amigo*, la obra portentosa de treinta años de paz y de trabajo y de progreso . . .

Y, es realmente pequeño, porque nada hizo grande, ni en favor de su pueblo, ni en honor de su historia.

Vos no sois comerciante.

Sois un sabio, un sociólogo, un maestro.

El mundo está esperando vuestra obra de pensador y de sociólogo; y los pueblos latino-americanos tenemos el derecho de confiar en la obra del maestro.

Hasta hoy, la política seguida por los hábiles hombres de Estado, vuestros antecesores, ha sido una política de doble aspiración y doble forma, basada en la sofisticada duplicidad que han imputado a la doctrina Monroe, trocándola en un canon de conquista, sancionado por el poder del número y del oro. Esta doctrina, sin ser creación de Monroe, lleva su nombre y constituye un credo, un evangelio americano, aceptado en implícita forma por todas las naciones, desde el día en que, en el año de 1823, el Presidente James Monroe condensó en su notable mensaje y en forma doctrinal, las convicciones, las creencias y las aspiraciones de todas las repúblicas del Nuevo Continente, resueltas a librarse, para siempre y por completo, de la influencia, el poder, la intervención y la política de Europa.

Quiso entonces, el coloso del Norte, declararse el campeón de los humanitarios dogmas democráticos constituyentes del régimen republicano, y sostuvo y sostiene, que no consentirá reimplantación alguna del régimen monárquico absoluto del antiguo mundo, en las libres repúblicas nacidas en suelo americano.

Nada más justo y más igualitario que el li-

beral principio monroísta, anunciando solemne y firmemente la independencia más completa de todos los Estados latino-americanos, y proclamando su inviolable soberanía, perenne y absoluta.

Pero el hecho de adherirse a un principio sostenido por los Estados Unidos, no significa, por concepto alguno, la sumisión de las naciones adherentes, a una tutela o un protectorado; y los Estados soberanos que han aceptado la doctrina Monroe, siguen siendo los dueños absolutos de sí mismos, y no tendrán que dar ni un solo palmo de terreno, ni un jirón de su libre bandera, en cambio del amparo que pudieran prestarles el pabellón de las estrellas.

Por desgracia, los grandes estadistas del Pueblo Protector han retorcido la doctrina Monroe, hasta trocarla en arrogante lema imperialista de opresión y despojo, y en nombre de un derecho, incomprensible, de redención conquistadora, van usurpando tierra y libertades a todas las naciones redimidas.

México, Cuba, Colombia y Nicaragua, lamentan los estragos de tan extraña forma de intervención redimidora.

—AMÉRICA PARA LOS AMERICANOS: proclamó James Monroe, y si la vieja Europa tiende a convertirse en fortaleza del despotismo, unamos nuestro esfuerzo, para convertir este hemisferio, EN ASILO DE LA LIBERTAD

—AMÉRICA PARA LOS YANQUIS: han proclamado los ambiciosos sucesores del Presidente Monroe; y si los pueblos neolatinos han llegado a creer en el dictado de VECINOS Y HERMANOS que les dió Henry Clay, en el año de 1816, hagámosles sentir que en el presente, no son ya los VECINOS HERMANOS, son Estados más débiles que el nuestro, y deben someterse a la supremacía de nuestro imperio, que tiende a convertir el Nuevo Continente en otra FORTALEZA DE UN NUEVO DESPOTISMO: la tiranía del dollar

Pero vos, Profesor Woodrow Wilson, no podéis aceptar ni seguir esa execrable política de hegemonía y expansionismo, basada en la injusticia y la violencia del más fuerte.

Vuestra elevada jerarquía mental, en el selecto gremio de los intelectuales superiores, os permite abarcar, desde la altura, la magnitud de la misión sagrada que el Destino ha confiado a vuestro empeño, y os impone supremo acatamiento del eterno derecho de los hombres, las razas y los pueblos, a bregar libremente, por su fe, su bandera y sus ideales, en la perpetua lucha por la vida.

México ha sido un pueblo infortunado, es joven y adolece, como todos los pueblos, de pecados muy negros y de muy hondos males; pero siempre ha seguido el camino del bien y del respeto al ajeno derecho.

Si actualmente se agita en el horror y en el es-

trago de una sangrienta lucha fratricida, la culpa es de los TRUSTS americanos que apoyaron aquella rebelión de vinateros, la de 1910, que bien podría llamarse DE LAS TREINTA MONEDAS, porque fué la codicia del oro americano la que movió el instinto de Iscariotes, de los cuatro fallidos vinariegos que en contra de su patria la iniciaron.

Durante más de treinta años, México, en plena paz, fué respetado, aplaudido y admirado. El capital americano encontró en nuestras minas, nuestro comercio y nuestra industria, productiva inversión y garantías muy firmes y completas.

Vuestros conciudadanos fueron siempre acogidos con fraternal benevolencia, y disfrutaron más prerrogativas que los nacionales mismos.

Mi país ha cumplido con religiosa buena fe todo lo concertado en los tratados internacionales; ha pagado puntual y honradamente las deudas contraídas; ha recibido, como a buenos amigos, a vuestros embajadores y representantes, a Mr. Root entre ellos, y les ha tributado los más altos honores; y por fin, ha sabido, en la plenitud de su personalidad y su soberanía absoluta, respetar los mandatos y cumplir los deberes consagrados por el *JUS INTER GENTES*, como el más culto pueblo de la Tierra.

Y, sin embargo, al iniciarse el insensato movimiento revolucionario de 1910, los partidarios

de Madero encontraron allí, en el territorio del país amigo, capital suficiente para llevar a cabo su nefanda empresa; un arsenal completo para armar a sus hordas; un terreno propicio para desarrollar su propaganda, y un asilo seguro para escapar a la persecución de nuestro ejército, encontrando, además, la protección disimulada del Gobierno, y la valiosa simpatía del pueblo.

La prensa americana les ayudó, mintiendo, exagerando, calumniando; y por fin, Mr. Taft, amenazó al patriota Gral. Porfirio Díaz, con la invasión armada, en plazo perentorio, para obligarle a dimitir su cargo.

El valiente soldado de mi patria, engañado, sin duda, por alguno de sus malos Ministros y algunos de sus flexibles diplomáticos; abandonado por sus infieles partidarios; resentido por la creciente hostilidad de las volubles multitudes, y creyendo efectivas las apremiantes amenazas de Mr. William Taft, prefirió renunciar la Presidencia, para salvar así la integridad y la soberanía de la República.

Porfirio Díaz al embarcarse para Europa, dejaba en pie un ejército disciplinado, cuarenta mil soldados y setenta millones de pesos en el Tesoro Nacional.

Con el torpe Gobierno de Madero, sobrevinieron grandes males: oligarquía, miseria y nepotismo; vandálico desorden, completo desprestigio; y por fin, el tremendo conflicto inevitable:

la salvadora rebelión de los patriotas Grales. Reyes, Díaz, Mondragón, Ruiz y otros valientes jefes y soldados....

Los trágicos sucesos de la decena roja.... un formidable duelo a cañonazos, aquí, en el corazón de la metrópoli; la muerte de Madero y Pino Suárez, y el terror y el asombro de nacionales y extranjeros....

Y fué, entonces, al mirar los estragos de la obra destructora de Madero, iniciada en el suelo americano y apoyada por el influjo americano, cuando el Gobierno de la Unión envió sus poderosos barcos de combate a nuestras playas, para imponer su autoridad y sus mandatos, mostrándonos su fuerza y sus cañones....

Hablo al preclaro historiador filosofal, maestro en derecho, al gran educador, Woodrow Wilson, Ph. D., y respetuosamente le interpelo:

¿Es ésta la conducta que ha debido observar un pueblo amigo, un vecino, un hermano?

¿Es así como entiende los deberes de reciprocidad y de neutralidad el esforzado paladín de la doctrina libertaria Monroe?

Yo no encuentro sincero ese místico lema: IN GOD WE TRUST grabado en vuestro cuño.... Confíaís en vuestro oro.

Dios no puede ayudaros a oprimir al más débil, ni a despojar al desarmado, ni a conculcar derechos consagrados, ni a pisotear augustas libertades.

En la siniestra fecha 1847, Dios no fué quien os dió la victoria.... Fué la fatalidad.... ¡Estaba escrito!

Desde entonces, lo único que México ha negado a las injustas exigencias de vuestro expansionismo, ha sido la humillante, la imposible mutilación del territorio patrio, para dar a la Unión Americana, con el ferrocarril del Istmo de Tehuantepec y Bahía Magdalena, el dominio absoluto y la supremacía completa del Pacífico; desde el extremo Norte hasta Colombia, la república hermana mutilada por el Canal de Panamá.

Esto no pudo ser.

Bahía Magdalena, formidable baluarte para una gran potencia, y estratégico abrigo para una gran escuadra, no es para nosotros sino un desierto estéril.... un peligroso *escollo*; pero es nuestra, está bajo la egida del honor mexicano, y el orgullo latino y.... la bandera tricolor ondeará en ella, mientras no sea barrida por huracanes de metralla.

El Presidente Jefferson soñaba en la creación de un *Gran Imperio de Libertad*, regido por los dogmas constitucionales y el *Gobierno propio* de la potente Unión Americana: Imperio al que profetizó, debían pertenecer, en día no muy lejano, Cuba y el Canadá....

El término, hacia al Sur, de aquel Imperio, sería la isla de Cuba, y allí se debería erigir un

monumento en cuya base quedarían grabadas las siguientes palabras: *Nec Plus Ultra*.

Un siglo ha transcurrido, desde la fecha memorable de aquella profecía dominadora, y si aun seguís soñando con la gloria del Imperio romano, vencedor en el mundo, . . . emprended la conquista de ese vasto jirón del continente, que ocupa el Canadá, y enviad vuestras legiones invencibles, a clavar la bandera de las barras en el confín boreal. . . . jeffersoniano. . . .

Pero nunca soñéis en la quimera de conquistar la patria de Cuauhtémoc; México no es, ni puede ser para vosotros, la tierra prometida por Madero, Carranza y Maytorena.

México es un país de guerrilleros, descendientes de aquellos abnegados compatriotas, que supieron luchar en Padierna, en Molino del Rey y en Churubusco. . . .

El Pueblo mexicano, Sr. Wilson, no es un pueblo invencible; pero sabe morir y es indomable.

Esto no es amenaza, ni admonición ni reto: es la solemne queja del oprimido; es el grito de alerta, precursor del extremo combate por la razón y la justicia. . . .

Ilustre Profesor:

Quiso el Destino poner en vuestras manos un enorme poder, confiando a vuestra noble y serena conciencia de intelectual, de humano y de creyente, una excelsa misión redimidora, en

la vida político-social de los pueblos latino-americanos.

El mundo está esperando vuestra obra de sabio y de maestro; y todos los creyentes neolatinos, confían en esa magna obra, de intelectual . . . de pensador. . . . de humano. . . .

México, 12 de Mayo de 1913.

FORTUNATO HERNÁNDEZ.